

Mariano García

Seres desconocidos



Adriana Hidalgo editora

García, Mariano
Seres desconocidos -1ª ed.
Buenos Aires : Adriana Hidalgo editora, 2012.
154 p. ; 19x13 cm. - (la lengua / novela)

ISBN 978-987-1556-91-5

1. Narrativa Argentina I. Título
CDD A863

la lengua / novela

Editor: Fabián Lebenglik
Maqueta de tapa: Eduardo Stupía
Diseño: Gabriela Di Giuseppe

1ª edición en Argentina
1ª edición en España

© Mariano García, 2012
© Adriana Hidalgo editora S.A., 2012
Córdoba 836 - P. 13 - Of. 1301
(1054) Buenos Aires
e-mail: info@adrianahidalgo.com
www.adrianahidalgo.com

ISBN Argentina: 978-987-1556-91-5
ISBN España: 978-84-92857-77-7

Impreso en Argentina
Printed in Argentina

Queda hecho el depósito que indica la ley 11.723

Prohibida la reproducción parcial o total sin permiso escrito
de la editorial. Todos los derechos reservados.

Aunque me resulte irreal escribir a ciegas, intentaré cumplir con lo que se me ha pedido. Pese a mi enorme confusión, haré lo posible por explicar quién soy y cómo llegué aquí, si bien es poco probable que pueda dar una explicación convincente de mí mismo cuando yo no la tengo.

Nuestra conciencia tiene tan en cuenta la contraposición entre apariencia perspectiva y realidad objetiva, que realiza una sobrecompensación de las modificaciones perspectivas, es decir, acostumbra a considerar lo falsamente objetivo como verdadero y en muchos casos considera lo verdaderamente objetivo como falso, dijo alguien, no sé cuándo ni dónde, ¿o fui yo en mi inédita obra magna?

Lo que viene antes que nada a la mente es aquel peligroso primer talismán del que nunca sabré si perteneció o no a esta realidad. Al menos puedo reconocer que el hallazgo de ese libro fusionó lo que debe estar separado y separó lo que está destinado a ser una sola cosa.

Debería exclamar: ¡maldita la hora en que me crucé con él!, pero ya no puedo engañar a nadie. Esto es una

confesión y no están permitidas las mentiras. Si miento, sólo será producto de la confusión.

Yo no ignoraba, cuando tomé aquel libro sobre los parásitos, que podía figurar junto a sulfurosos grimorios que revelan los secretos del infierno. No ignoraba que algo terrible debía ocultarse bajo el fantástico nombre de astróloga de Ada Mantis.

Aun así, también la librería demente que no me lo quiso vender, enana, miope y entrecana, botas de lluvia azules y suéter azul en pleno verano, vociferando, imprecaando contra la humanidad que la vulneraba, esa librería podía muy bien haber sido el disfraz de Ada Mantis. Pero Ada Mantis no existe. Me lo explicaron aquí... bueno, en el monasterio. Con todo, sigo creyendo que esa librería pudo haber sido el nigromante Bruno Dee. ¿O acaso hay algo imposible para un buen brujo?

Pero, ¿con qué objeto? ¿Con qué objeto! Yo era muy valioso. Tenía el don y debía desarrollarlo. Era un parásito ejemplar.

A partir de mi separación habrán comenzado a seguirme. Pues es un hecho que me seguían. Lo más terrible del delirio de persecución es que a la larga no es ningún delirio sino que se comprueba la existencia de los conjurados.

Temo no ser coherente. Debo ordenar mi espíritu, ordenar mi mente y ordenar mi relato. Es vital porque soy el primer interesado.

Los indicios de que algo andaba mal se me impusieron sin que yo lo buscara cuando me llamaron del colegio de pupilas en el que había trabajado, hace de esto un mes, para hablar de mi pedido de reincorporación. Me recibió en su despacho el secretario del director, con quien tuve desde el primer momento una de esas inexplicables corrientes de simpatía, y que desde que se produjera el Incidente se mostró tenaz para que mi licencia no se eternizara, defendiéndome a costa de su propia reputación delante de las autoridades. Por su expresión lo supe todo sin que tuviera que abrir la boca.

—Hemos hecho todo lo posible—dijo en plural, pese a que el esfuerzo era todo suyo—. Todo, todo lo posible. Soy la última persona aquí que se resignaría a dejar de verte, pero no se trata sólo de las autoridades. El escollo principal son los padres de la chica... y ella misma, claro está. Se han puesto de acuerdo desde el primer momento en no levantar cargos contra ti; por otro lado, no tenían nada concreto con lo que hacer semejante cosa. Si por algo se caracteriza este absurdo malentendido es por su abstracción. —Él mismo quedó abstraído al decirlo. Luego repuso—: Como sea, la única condición que puso esta gente fue que no volvieras a dar clase, o retiraban a su hija del instituto.

No tenía mucho que agregar; sin embargo, dije que ella terminaba ese año, que podía prolongar mi licencia hasta que esa chica no pisara más el colegio.

—Es lo que he alegado, pero el director teme que los rumores se hayan esparcido entre los padres. —Bajó

la voz al límite de lo inteligible—. Horacio es un gran hombre pero es cobarde. Es esta profesión que te vuelve temeroso. Un chico perverso te señala por diversión o por venganza y puede acabar con tu carrera y con tu vida. Tú que has pasado por el seminario conciliar sabes lo que son esas cosas... Por otra parte, tiene un argumento que no es fácil de contradecir: ya sabes cómo es aquí, muchos tienen hijos al por mayor, algunos compañeros de Reparación tienen hermanos más pequeños. Además, hay quienes no quieren profesores extranjeros que contaminen la lengua. Hubo quejas sobre tu español...

Siguió hablando pero dejé de escucharlo a partir de que mencionara ese nombre que había sepultado en la fosa más profunda de mi memoria. Aun escribirlo me da miedo. Porque yo fui la víctima. ¡Yo!

—De todos modos —prosiguió mi amigo, como creo que puedo llamarlo—, no tienes que desanimarte. Cobrarás el dinero del paro y durante el lapso que dure habrás conseguido algo mejor que esto. No se hará mención del desafortunado episodio a quien llame para pedir referencias.

—Sólo puedo agradecerte, Alfonso, aunque en mi caso el problema no es el dinero —le aclaré sin pretender disimular mi cinismo—. De veras tenía ganas de retomar. Me siento vacío sin mis horas de clase.

—¿Por qué no le echas una mano a tu mujer que está siempre desbordada?

—Ni... de... ¡coña!

—Pues ahora tienes una excusa para hacer algo. Emplea tu tiempo en decidir en qué colegio quieres trabajar; te aseguro que tendrás para elegir.

Intentaba contagiarme un optimismo que yo estaba lejos de compartir. Mi situación no tenía nada que ver con ese cuadro embellecido por las buenas intenciones: ¿qué podía hacer un profesor de arte a punto de cumplir los cuarenta y cinco años pidiendo empleo sin referencias —porque en el Instituto Santa Lucía no hablarían mal pero tampoco bien de mí— como no fuera por haber sido echado por inútil o por degenerado?

Me despedí afectuosamente, sabiendo que no volvería a pisar más aquel lugar. Ni el director ni los otros profesores se acercaron a saludarme, aunque difícilmente ignorarían mi presencia allí. A lo sumo suspirarían de alivio, espiándome entre los visillos, al verme partir.

Gloria, mi mujer, no conocía el motivo por el que me habían obligado a pedir licencia y ahora me echaban a la calle. Hace un año que nos casamos y cuando nos conocimos yo ya estaba fuera del colegio. Fue, si se quiere, una desgracia con suerte, porque al poco tiempo de mi licencia logré interesar a una revista de arte con un par de notas, una de las cuales trataba sobre la galería que Gloria acababa de abrir aquí. Ella es hija del famoso Federico Krueger, un estrafalario personaje, ¡riquísimo!, dueño de una galería por donde pasaron los artistas más rutilantes de las últimas tres décadas; muerto el viejo hace poco, buscando ella el olvido, vino a tentar suerte por estas latitudes tras cerrar la galería

de Buenos Aires, donde todo le recordaba al venerado padre. Mi nota fue un gran espaldarazo para ella, tan grande que Gloria no pudo demostrar su gratitud más que casándose intempestivamente conmigo. La revista para la que trabajaba no lo tomó a bien y dejaron de pedirme colaboraciones. Como en ese momento aún me deprimía todo lo que rodeaba al Incidente, le di a entender a Gloria que la licencia la había pedido yo y que pensaba retomar las clases. No se habló más del tema en todo este tiempo, aunque mientras manejaba bajo una lluvia muy fina le daba vueltas a lo que le diría ahora que el lazo se había cortado del todo. Lo mejor, tal vez lo más fácil, fuera ir con la verdad, explicarle el malentendido, pero tenía dos razones de peso para tomar el tortuoso camino de la mentira.

Por empezar, Gloria era mormona. Tanto ella como su peculiar hermano habían adoptado de su padre la religión, si así puede llamarse, de los habitantes de Salt Lake City, pues el viejo Krueger, tras pasar por el catolicismo, el sionismo, el budismo y el islamismo, quedó prendado de un artista mormón que contrató para una muestra, por lo demás muy exitosa, que desplegaba con encanto los falsos jeroglíficos del *Libro de oro* –ese documento fraguado por quien ellos llaman profeta– y el resto de su pintoresca parafernalia. De haber vivido más, el viejo tráfuga habría seguido abrazando más credos con idéntico fervor, pero como la muerte lo sorprendió en este capítulo, a los hijos, por respeto póstumo, les pareció que debían adoptarlo, ya

que a fin de cuentas el anciano había partido al otro mundo de la mano de esa fe, con lo cual la así llamada religión de la Iglesia de los Santos de los Últimos Días adquiriría para ellos una profunda significación.

La otra razón, más compleja y en realidad determinante, era que yo mismo no hubiera sabido poner en palabras lo ocurrido, y corría así el inmenso riesgo de que malinterpretara lo que ya originalmente fuera un malentendido. Pero, ¿qué fue lo que ocurrió? Hasta ahora nunca intenté explicármelo, quizás porque intuía que no tenía sentido hacerlo.

Mi torpeza, la impaciencia de Gloria, los tristes recuerdos de esa época, todo conspiraría una vez más para darle a una cosa la apariencia hinchada, deforme y maligna de otra. Por el momento lo mejor sería callar, pero Gloria sabía que esa tarde iba al colegio y de hecho el timbre del teléfono móvil me sacó con un buen susto de mis elucubraciones mientras llegaba a Plaza de Castilla. No atendí pues todavía necesitaba pensar qué le diría...

Como en esos sueños en que nos vemos impelidos a hacer algo que no queremos, aparecí cerca de la torre horrenda donde vivía cuando ocurrió el Incidente. Nunca había vuelto a pasar por esa calle; pensaba encontrarla tan tenebrosa como en aquel momento, si bien no es más que parte de un anodino barrio de oficinas que queda desierto de noche y los fines de semana.

Bajé del auto con lentitud, lleno de desconfianza. Un recuerdo muy vívido de mi angustioso estado de ánimo de entonces me invadió al subir los peldaños

rotos o quebrados que conducían, entre recovas ventosas con sus bares de putas, al centro de la manzana, donde se divisaba la entrada al Morgana Building, con sus pasadizos demenciales, sus calles sin salida, sus pérgolas desnudas. Me quedé un buen rato inmóvil, contemplando ese escenario que, aislado de la calle, parecía guardar intacta la esencia de mi pasado doloroso. Sin embargo, no sentía que fuera suficiente aquel escenario para ayudarme a esclarecer mi recuerdo y ordenar lo que... había de decir a Gloria. Apenas pude recordar, eso sí, que en aquel entonces, en ese pasado, mis pensamientos y sentimientos eran confusos, extremadamente confusos, y si así había sido, no los iba a poder ordenar retrospectivamente. Tendría que armar una mentira plausible, lo que no sería difícil, y olvidarme del asunto para siempre, atarlo a una piedra y mandarlo bien al fondo de mí.

Una vez tomada la decisión largué un suspiro y volví a remontar los estrambóticos pasajes de piedra que debían conducirme a la calle cuando choqué violentamente con un hombre alto y cara de pocos amigos. Nos miramos con disgusto si bien la expresión del otro se suavizó intentando buscar algo en la mía.

—¡Hombre! ¿Qué lo trae por aquí?

Aunque abatido quién sabe si por la edad o las privaciones, o los excesos, reconocí en aquel hombre pálido con aspecto de sepulturero al encargado de ese lugar.

—¡No habrá venido a buscar al amigo! El amigo ya no está. Partió a poco de partir usted.

El amigo, sí; recordaba mejor que yo a Eugenio, una mala sombra en mi vida. Ese hombre, el portero, se acordaba mejor que yo quién sabe por qué, y quién sabe por qué se acordaría también de mí, que apenas viví un par de meses en esa torre llena de gente nueva todo el tiempo.

—No, no vengo a buscar a mi amigo; tuve que hacer trámites cerca. Tiene usted una memoria excelente...

—Ramón. Es que no son habituales parejas como las vuestras.

Habría notado mi expresión de alarma porque olvidó encender el cigarrillo que ya tenía acomodado entre los labios. Lentamente, en oleadas, me llegaron impresiones de sus modos secos, chocantes para nosotros, recién llegados del reino de los modales empalagosos y los tiempos condicionales.

—No me expliqué bien. Que no tenía la costumbre... lo cierto es que no pensaba nada bien... y sin gustarme nada los católicos, pero es que vosotros, ¡vamos!...

—No siga, Ramón —intenté sonar despreocupado—, sólo éramos amigos; llegamos juntos y luego cada uno siguió su camino.

Su cara se frunció.

—Su amigo no dijo lo mismo en ese momento. Lo ayudé con la mudanza, ¿sabe?

No lo dejé terminar. Crucé... a toda prisa la calle y salí en el auto a toda velocidad, sin saber a dónde me dirigía.

¿Por qué esa obsesión conmigo y con Eugenio? Me lo merecía por ir a rondar ociosamente en el pasado.

Había logrado sepultar tan bien a Eugenio como al Incidente, aunque en realidad las dos cosas estaban relacionadas, y era lo que no quería ver antes de encontrarme con ese portero chismoso. Pero, ¿qué le había dicho Eugenio a fin de cuentas? ¿Por qué su partida de ese palomar le resultaba tan memorable?

Ahora no podía dejar que entrara Eugenio en escena, sólo debía concentrarme para dar alguna explicación a Gloria. El móvil, que había dejado en el auto, tenía diez llamadas perdidas. Llamé a la galería y me pasaron con Gloria, que no estaba de buen humor. Le dije que me esperara en Jurucha, frente al mercado de la Paz.

A los dos días me encontré dando vueltas con el auto por el mismo lugar. Esas torres que odié automáticamente desde el primer momento y que me produjeron el malestar que me llevaría a las peleas con Eugenio y, de una manera indirecta, al incidente con la alumna del Santa Lucía, de pronto obraban en mí con la fuerza centrífuga de un torbellino o como la rejilla que se traga el agua sucia de la bañera. En estos tres años no se me había ocurrido volver a pisar un lugar que asociaba de inmediato con un profundo malestar, pero que ahora, sin saber bien cómo lo había redescubierto, producía la engañosa sensación de traer el pasado al presente, de resucitar el pasado sin un solo detalle fuera de lugar. De hecho, Ramón estaba allí tal como entonces, inmóvil detrás de su escritorio demasiado grande tras haber repartido la

correspondencia entre los casilleros que la primera vez me habían parecido nichos para homúnculos y especies pequeñas, con una camisa blanca, lo único impecable en su aspecto descuidado, la barba, aunque se hubiera afeitado ese día, ya sombreando las mejillas enjutas y amarillas de fumador compulsivo, las manos entrelazadas para disimular la ansiedad.

A pesar del calor permanecí observándolo un buen rato. Bajo la pérgola cubierta de hiedra reseca, tenía la convicción de que podía examinarlo a gusto sin ser visto, algo que me da mucho placer pero que me hubiese paralizado de terror si me descubrían, por así decir, fisgoneando. Felizmente nada de eso ocurrió, sino que Ramón no tardó en salir para fumar y yo tomé la iniciativa de saludarlo para no ponerme en evidencia.

—¡Hombre! Qué hay, otra vez por aquí —exclamó con un dejo de desconfianza mientras me convidaba uno de sus apestosos cigarrillos. Le dije que estaba trabajando en uno de los edificios de la manzana.

—¡Buena suerte la suya! Que con el paro...

—No sé por cuánto tiempo —me apresuré en aclarar—. Es un trabajo muy concreto. Pronto volveré a estar en la misma que todo el mundo.

—¿En la misma... situación? ¡Venda ese coche y tiene para vivir siete vidas como los gatos!

Llevado por un impulso irracional como el que me atraía a ese lugar, dije algo que no quería decir: le dije que no era mío sino de mi mujer. Pronto tendría ocasión de arrepentirme de tan ligeras palabras.

—¿Está casado usted? —Cargó en la última palabra toda la incredulidad que le producía mi afirmación.

—Cuando quiera lo invito a dar un paseo y verá que no es nada del otro mundo —dije para distraerlo de la extraordinaria revelación.

—Si es por mí, vamos ahora mismo.

Subimos y bajamos por la Castellana en un suspiro en el que, no obstante, se las ingenió no sé cómo para contarme una acumulación de patetismos y miserias: su mujer tenía prolapso; su hijo, un inútil, sólo reptaba fuera de la cama para conseguir droga; a él acababan de diagnosticarle enfisema en los dos pulmones...

—Pero eso no es lo peor de todo —agregó acariciándose la mandíbula rasposa cuando estábamos por llegar—. Tengo una deuda...

—Ya llegamos Ramón. Llevo algo de prisa pero es muy probable que nos veamos pronto.

—Venga, vale. —Bajó sin gran convicción del inalcanzable Jaguar. Parecía desconcertarlo que tras mi primer impulso de confianza ahora interrumpiera el suyo.

Tan pronto como cerró la puerta arranqué a toda velocidad, furioso conmigo mismo. Dentro de la confusión general que amenazaba con volver a sacudir mi vida, podía reconocer al menos que no buscaba otra cosa más que meterme en problemas.

En esos días que amenazaban con volverse tan horribles como los primeros aquí, me limité a vagar con el auto

por la ciudad, evitando demasiado conscientemente que el demonio de la perversidad me condujera como sonámbulo al lugar donde quería ver la clave, si no de mi pasado, al menos de un capítulo importante.

Me dejaba llevar, de todos modos, a los más insólitos recovecos, mientras inventaba o perfeccionaba la mentira del día para Gloria, ya que habiéndole ocultado todo lo relativo al Incidente, esa mentira inicial me obligaba a prolongarla en las más barrocas derivaciones.

Para justificarme, me decía que Gloria jamás comprendería ni querría comprender, pero a la luz del desenlace pienso ahora que mentir es una subestimación muy peligrosa cuando hay alguien cercano en juego.

Concebía a Gloria en un molde rígido, como un tríptico o mejor un biombo de tres paneles: desayunando a media mañana, con los párpados hinchados por el alcohol y un humor peligroso; ocupándose con menos solvencia que la necesaria de la galería-herencia y, por último, dedicándose a las elaboradas pantomimas de su culto en el templo del profeta Mormón y su hijo Moroni (*hacen bien en anticiparse los que quieren colocarse donde pueda oírse el sermón... Al pie de la galería hay un pequeño cerco donde están las anillas para la orquesta: un violín, un contrabajo, dos mujeres y cuatro hombres que no ejecutan mal los cánticos de la Nueva Sión... El obispo... con voz baja y mesurada hizo el elogio de los Santos del Último Día y vituperó a los apóstatas... El presidente se descubrió, fue hasta el extremo de la galería, se bajó para expectorar en una escupidera oculta,*

restableció el equilibrio bebiendo agua, apoyó las manos en la baranda de la tribuna, se inclinó sobre el auditorio y les dirigió la palabra... El sermón fue de larga duración abarcando una multitud de materias... Dios es un gran obrero; el mormonismo, un gran hecho... los santos tienen un glorioso destino: su moralidad no es menos notable que la belleza de la tierra prometida).

Fuera de esas tres escenas y sus variaciones imperceptibles, no era capaz de atribuir a Gloria una decisión personal o un acto de libertad. Después de todo, tanto ella como su hermano habían abrazado una nueva religión sólo por honrar la memoria paterna, de modo que no podía dejar de ver en ellos a dos víctimas típicas de una fortuna asfixiante, siempre patéticas en sus esfuerzos, hicieran lo que hicieran, si bien Federico se destacaba por tener una ambición mayor y más resuelta que la de su hermana.

Yo, en cambio, me regodeaba en mi ser complejo, a tal punto había perdido hacía rato la posibilidad de entenderme. Sin quererlo, como un hierbajo dejé que lo raro que había en mí se desarrollara hasta alcanzar dimensiones en las que ya no era posible controlarlo. Sólo cuando era apenas un adolescente, sentí que mi timidez o mis silencios, mi hermetismo, mi eremitismo, mi cretinismo me otorgaban un aura interesante, distinta, fuera de lo convencional, del mismo modo que cultivé con esmero toda una serie de actitudes antisociales no agresivas que me volvían sumamente desagradable al prójimo, como mirar a la cara sin hablar, o negarme

a mantener conversaciones sobre el pronóstico del tiempo.

Para mí, lo único evidente era que las cosas no tenían la menor importancia; nada, absolutamente nada la tenía. Porque esos pensamientos, aunque ya no volviera a ellos, habían echado raíces y habían modificado mi mente. El ahora para mí nunca pudo cargarse de urgencia; la vida era un páramo invariable, equidistante entre el nacimiento y la muerte; entonces, ¿para qué afanarse tanto por esto y aquello? Más tarde descubrí con qué crueldad nos acusamos de ya no ser jóvenes, de cometer el pecado mortal de envejecer; y entonces, cuando comprendí que había que hacer algo, era imposible: el hierbajo y sus raíces habían invadido los engranajes, sólo me quedaba dejarme llevar por lo que se me cruzara delante, un insecto que avanza por encima de todo lo que se le presenta. Apareció Eugenio y aterricé aquí, desapareció Eugenio y apareció Gloria. Desapareció Gloria y... ¿y ahora qué?

Por suerte para mí en ese momento acababa de llegar Federico de Buenos Aires dispuesto a pasar aquí una temporada con la intención de conseguir un contrato millonario para desarrollar los *vegemales*, un invento que se adjudicaba y que consistía en criar animales comestibles que nunca salían del estado comatoso en que eran concebidos; vivían su corta y anulada existencia conectados a cables y sondas y, desde luego, lo mejor era

que cuando llegaba el momento de sacrificarlos estos no sufrían nada: así como nunca habían conocido el placer, tampoco podían conocer el dolor, ni ninguna otra emoción. Si nadie sentía remordimientos por comer una lechuga, había razonado Federico en la soledad de su laboratorio, tampoco tendría que sentirlo por un animal en perpetuo estado vegetativo. Su existencia era pasar de un limbo a otro, afirmó la primera noche mascando un cordero de su producción traído de la Argentina para que lo probásemos.

Gloria apenas podía contener el orgullo desbordante por su hermano; yo tenía mis dudas sobre semejante concepción de la piedad, pero Federico no descartaba que su invento pudiera conducirlo a recibir importantes premios que culminarían con el Nobel.

—Pero, ¿qué Nobel? —le objeté—. ¿El Nobel de la Gastronomía?

—El de la Paz, gracioso. Ya es hora de que reconozcamos que compartimos el planeta con los animales. Mientras sigamos infligiéndoles dolor nuestra existencia en la tierra va a estar maldita. No vamos a tener paz hasta que cambiemos eso, y mi descubrimiento se encamina a devolvernos esa paz que perdimos cuando nos echaron del Paraíso Terrenal. Por todo eso, es imposible que a esta altura no se reconozcan los esfuerzos por ahorrarles dolor a los animales.

—Por ahorrarles dolor y ahorrarles la vida.

—Preguntale a un pollo qué clase de vida es vivir desde que nace hacinado, con las patas rotas, el pico roto,

bajo reflectores, golpeado y drogado hasta que le cortan el pescuezo. ¿Quién quiere vivir así? ¿Qué clase de don es una vida como esa? ¿No es mejor la inconsciencia absoluta si a la larga tu destino es ser el alimento de otro?

Gloria, jugueteando con su gargantilla de esmeraldas sobre el pecho húmedo, asentía fascinada.

—Con ese criterio, ¿para qué vivir? —insistí—. Tu experimento demuestra que la vida animal no tiene sentido.

—¡Y no lo tiene! —dijeron los hermanos a dúo, y luego rieron de su coordinación.

—A vos te perturba —repuso Gloria— porque tu propia vida es un limbo.

Lo dijo sin agresividad, aunque tampoco parecía tratarse de una broma.

Aparté mi plato de cordero, que tenía un gusto raro y una consistencia mucho más rara aún, y dejé de intervenir en la conversación, que se centró en la galería.

Por suerte para mí había venido Federico que mantendría entretenida a Gloria por una considerable temporada en la que quizás, pensaba como un iluso, mi malestar se disipase y todo volviese a la normalidad.

De los muchos reinos que coexisten en el universo, sólo hay uno que merece la pena ser conquistado... No tengo necesidad de releer sus frases —y aunque quisiera, no podría hacerlo— porque las sé de memoria. El problema es que se trata de una memoria con vida independiente y que esas y otras frases vienen a mí sin que yo las busque.

Volví al Morgana Building varias veces más, ya sin preguntarme por qué desde que conocía la respuesta: no tenía nada mejor que hacer. En lugar de acudir a las mil exposiciones y museos, retomar mi antigua investigación o perfilar un tema nuevo y escribir un ensayo cuya publicación Gloria no tendría reparos en financiar –por el contrario, esperaba ansiosa una excusa para lanzar ediciones de la galería–, volvía a merodear por esa zona impersonal de oficinas y hoteles para empresarios para regodearme evocando mis paseos desorientados y depresivos de los primeros días en la ciudad.

Al menos no la tenía a Gloria taladrándome cada quince minutos con el móvil y podía vagabundear a voluntad. Normalmente terminaba mi paseo con una visita a Ramón, que ya se había acostumbrado a mis apariciones, y lo escuchaba hablar de todo lo que se le cruzara por la cabeza, una cabeza –¿cómo imaginarlo?– llena de cosas malas.

Ambos sabíamos que no éramos amigos, que era impensable una amistad entre nosotros, aunque pasada la sorpresa inicial Ramón se resignó a la extraña situación y trataba de imbuirle familiaridad hablando de temas obvios entre dos hombres como el fútbol, sobre el que yo no tenía ni hubiera podido tener nada que decir aunque quisiera. En realidad, todo el esfuerzo por llevar la conversación corría por su cuenta, aun cuando era yo el que imponía mi presencia. Claro que detrás de esa cara de

póquer ligeramente irónica se perfeccionaba un pensamiento interesado que pulía el aparente desinterés de su retórica: después del tercer encuentro deslizó el tema de la deuda que ya había dejado caer la vez primera.

Se había enredado con una chica del vecino bar Avalon, un romance tórrido que culminó, no supo si adrede o qué, en embarazo. Tuvo que reunir el dinero para el aborto, que consistió en sus ahorros más lo que le prestó un amigo, camarero en el mismo bar, y todo, desde luego, a espaldas de su mujer.

Estudiaba con furtivas miradas el efecto de su relato en mí, acostumbrado ya a la escasa expresividad de mi cara en todo momento.

Originalmente sus ahorros debían pagar la operación de su mujer, a la que había que extirpar el útero, y ella contaba con una suma que ya no existía. A diferencia de otros hombres, no odiaba a su mujer, la apreciaba y admiraba, pero hacía muchos años que el deseo se había extinguido y él necesitaba sus aventuras. Aunque podía contar de antemano con la comprensión de su esposa, no quería someterla a una prueba tan desagradable en semejante trance.

Todo el discursete debía culminar, había sido concebido para culminar, con mi pregunta: ¿cuánto necesita? Sin embargo, me limité a decirle cuán loable y comprensible resultaba su conducta.

No pareció satisfecho con mis alabanzas y se sumergió sin más en la lectura del suplemento deportivo. Al ver pasar a un vecino al que jamás le dirigía la palabra,

le preguntó, con un descaro que iba dirigido a mí, no sé qué resultado de no sé qué partido, hablando a través de mí hasta que consideré que era el momento de irme y me retiré sin saludar mientras arreciaban entre ellos alabanzas y lapidaciones.

Antes de meterme en el auto me quedé paralizado durante unos segundos delante de la puerta verde del bar Avalon.

Camino a casa, me pregunté por qué Ramón consideraría que yo podía darle dinero para su deuda o lo que fuese. Tendría derecho a pensarlo por lo inexplicable de mis apariciones. Consideraría que yo me estaba ofreciendo a él, no en cualquier sentido vulgar, sino de manera más rica y absoluta, ofreciéndome para que él se sirviera de mí.

Pese a que por esos días contaba con que la presencia de mi cuñado absorbería a Gloria y que juntos tendrían demasiado que hacer como para molestarme, me esperaba una muy incómoda confirmación de lo contrario.

Supongo que ocurrió al día siguiente de que me quedara frente a la puerta verde, y si no, al otro; como sea, me disponía a partir con el auto en otra de mis insensatas ambulaciones para ver a dónde me llevaba esta vez el capricho, cuando Federico apareció de repente en el garaje y me preguntó a dónde iba.

–Tenía que ir al colegio... pero más tarde.

–En esa dirección me queda perfecto. –No sabía que conociese el instituto–. Debo reunirme con una jequesa que administra la cadena de supermercados de su marido... pero más tarde –me imitó con odiosa suspicacia–. Así que te invito un café.

–Con todo gusto. Pero no puedo dejar de decirte que me extraña que los hermanitos se separen un segundo.

–La masajista le cambió el horario –recitó– y se queda a esperarla. Supongo que no te molestará.

–Faltaba más.

Hicimos parte del trayecto en silencio, o mejor dicho, con fondo de música clásica de la radio.

–Qué loco –dijo por fin Federico, que no dejaba de mirar plácidamente por la ventanilla–, pero a mí la música es algo que no me llega.

–Para Nietzsche, había que desconfiar de los que no aman la música ni los animales.

–Vos siempre con tus cosas raras. No me podés acusar de no amar a los animales.

–No te considero su mejor amigo.

–Se puede desconfiar de la gente por otros motivos... ¿Ese no es el que se volvió loco?

Hizo su pregunta con un retintín que decidí ignorar. Acababa de tomar la salida a Pío XII pero Federico no registraba el camino.

–A tu padre, por lo poco que le conocí, le gustaba la música.

Mi comentario le arrancó una risa que no supe a qué atribuir.